

Lola Moreno

La identidad perdida



Umbriel Editores

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Uruguay • Venezuela

Primera parte

*«Hay hombres que luchan un día, y son buenos.
Hay otros que luchan un año, y son mejores.
Hay quienes luchan muchos años, y son muy buenos.
Pero hay los que luchan toda la vida,
ésos son los imprescindibles.»*

BERTOLT BRECHT

I

México D.F.
(2009)

Cuando se despertó no podía moverse. Tampoco intuir lo que estaba a punto de suceder en su vida, ahora que ya lo creía todo perdido. El cuerpo le pesaba una barbaridad y un gran entramado de tubos y cables se cernía a su alrededor. Miró de frente y vio que una mujer de unos cuarenta años estaba apostada al pie de la cama, aunque debido a la bruma que velaba sus ojos no fue capaz de reconocerla. Sólo le llamó la atención el color vivo de su pelo. Giró un poco la cabeza y pudo ver que un monitor seguía puntualmente el ritmo de los latidos de su corazón. Se encontraba desorientado y había perdido por completo la noción del tiempo. Trataba de recordar cómo había llegado hasta ese lugar —que por el aspecto y el fuerte olor a desinfectante parecía un hospital—, pero por mucho esfuerzo que hiciese, no era capaz de conseguirlo. De repente, aquel endiablado aparato comenzó a pitar como loco, y al instante la mujer ya corría hacia la puerta.

—¡Ha despertado del coma!

Acto seguido, un grupo de médicos residentes llegó hasta allí. Unos empezaron a auscultarlo mientras otros leían los gráficos que iban saliendo del monitor. Durante un rato hablaron entre sí en una jerga profesional que no alcanzaba a entender, hasta que uno de ellos dijo en voz alta lo que todos parecían estar pensando.

—Es un milagro que lo haya superado, la verdad. No habría dado un peso por su vida.

—¡Ya cállense, por Dios! Está consciente y lo oye todo.

Al doctor Álvarez, responsable de la Unidad de Neurología, no le gustaba que sus residentes comentaran cosas delante de los enfermos porque los desmoralizaban y no contribuía en nada a su curación. Prefería que tomaran buena nota de sus reacciones y luego, en privado, se discutía sobre el diagnóstico y los resultados de los tratamientos previos. Este caso era verdaderamente especial, pues el paciente había llegado en muy malas condiciones y con un gran trauma emocional, y les había costado traerlo de vuelta a la vida. El médico se acercó lo más posible para que el anciano le viera la cara.

—¿Qué tal está? ¿Puede oírme? No hace falta que hable, pero si me oye, cierre y abra los ojos.

Obediente, siguió las indicaciones y luego mantuvo sus pupilas fijas en las del doctor.

—Muy bien. Ha estado usted inconsciente más de quince días. Lo iremos desentubando poco a poco para ver si puede respirar. ¿Okey?

El paciente volvió a cerrar y abrir los ojos. Para los médicos su recuperación había sido sorprendente, como si sólo hubiese estado durmiendo y de repente hubiera despertado del sueño. Para él, sin embargo, era como volver al infierno. Después de todo, no había llegado su hora; aún tenía que vivir y enfrentarse a esa parte de su pasado que le impedía sumergirse en las tinieblas del olvido.

A los pies de la cama, la nota garabateada de uno de los doctores destacaba en lo alto de la tablilla del control. Con trazo firme, había escrito: «Cosme Moreno». La puerta semientornada se abrió de nuevo, poco a poco.

II

Almazán, Soria
(última semana de mayo de 1936)

—¡Cosme Moreno! ¿Qué acabo de decir?
—La voz de don Florentín se alzó estridente, sacudiendo a Cosme de arriba abajo. Era el último día de clase antes de las vacaciones de verano de 1936 y se respiraba cierta expectación en el aula, presidida por la foto de don Niceto Alcalá Zamora.

Treinta niños de no más de diez años aguardaban la respuesta sin apartar la vista de un chaval pequeño con pelo pajizo, piel morena y unos ojos azules, enormes y almendrados, que se sentaba en el rincón más alejado de la estufa —ventajas invernales de los muchachos pudientes—. Como marcaba la norma, se puso en pie y cruzó las manos tras la espalda para contestar al maestro.

—Ha dicho usted que Soria es una provincia privilegiada.

—¿Y por qué es así?

—Porque todos los chicos, incluso los más humildes, podemos ir a la escuela.

—¿Y por qué más?

—Porque gracias al sistema de vida que tenemos, basado en el cultivo de la tierra de secano, pues...

—Pues ¿qué?

Don Florentín comenzaba a desesperarse y ya tenía preparado el cepillo de borrar la pizarra para lanzárselo directamente a la cabeza si se olvidaba de algo. Al intuir lo que se le venía encima, Cosme aceleró su respuesta.

—Pues que como la época más dura de trabajo es el verano, que coincide con las vacaciones, los chicos pueden ayudar a sus padres sin necesidad de faltar a la escuela.

Al terminar, el chaval respiró hondo y permaneció firme, mientras aguardaba la reacción del maestro.

—Está bien —dijo al fin, casi molesto—, puedes sentarte. Y la próxima vez espero que andes más atento cuando yo hablo, y no mirando a las musarañas. ¿Estamos?

—Sí, señor.

Cosme sabía que lo trataba de forma injusta, pues había seguido fielmente las explicaciones de don Florentín. Los que habían estado cuchicheando y riendo eran Segundo, el hijo del dueño de la fábrica de harinas, y Ángel, el hijo del confitero. Pero eso no le importaba demasiado: era viernes 29 de mayo, empezaban las vacaciones y no tendría que ver el malhumorado rostro de don Florentín hasta después del verano. De nuevo, la voz del maestro sonó atronadora en los oídos de todos los alumnos, aunque en esta ocasión sólo era para anunciarles que la clase había terminado.

—Salid en orden y sin alborotar. ¡Hasta septiembre!

Esta vez no tuvo suerte don Florentín: no hay disciplina capaz de poner puertas al júbilo del verano, y los alumnos abandonaron el aula atropelladamente, desesperados por encontrarse en la calle, en plena libertad.

Antes de partir hacia casa, el grupo de chavales que recorría el mismo camino a diario se detuvo en la plaza de San Pedro para jugar al burro con los demás chicos. Luego, cuando se hartaron de jugar y reírse, se pusieron en marcha. Durante el trayecto no pararon de hablar, sobre todo Cosme, que se entretenía visitando los nidos de los abejarrucos y oyendo el croreo de las cigüeñas sobre cualquier casucha abandonada. Le encantaba: le recordaba cuando su madre machacaba ajo en el mortero. Como de costumbre, hicieron un alto en el remanso del río donde solían chapotear desnudos, sobre todo ahora con el buen tiempo. Si Amadora los viese... A la madre de los Moreno no le hacía ninguna gracia, ya que el agua, aun en pleno verano, estaba bastante fría y podían contraer alguna enfermedad del pecho o de los huesos, además del peligro que siempre tenían los ríos, llenos de pozas y de corrientes.

Poco a poco, cada uno de los chicos fue despidiéndose del resto ante la puerta de su casa hasta que nada más pasar la cuesta del molinillo, Cosme y sus dos hermanos —Agustín y Victoriano— se quedaron solos. Era el momento de echar a correr y tratar de recuperar el tiempo perdido. Amadora sabía bien que desde la escuela hasta la casilla se tardaba aproximadamente media hora, y si se demoraban más, al llegar los esperaba una buena reprimenda o algún zapatillazo por desobedecer las reglas.

Por suerte para ellos, aquel mediodía otras nuevas rondaban la cabeza de Amadora y, aunque era ya bastante más tarde de la hora prevista, en vez de cogerlos de las orejas se limitó a apremiarlos para que en-

trasen. En la mesa de la cocina, además del humeante y sabroso cocido diario los aguardaba una agradable sorpresa.

—Ha llegado una carta de Madrid.

—¿De quién? —preguntó raudo Cosme. Y es que de los siete hermanos, cuatro vivían en Madrid: Rosalía se había mudado hacía ya varios años, cuando se casó con Sixto, un oficial tupista miembro de la UGT; Teresa Jesús y Teodora servían en casa de unos señoritos en el barrio de Salamanca, y allí seguirían hasta que se hicieran con unos ahorros que les permitiesen poner un taller de costura, pues ambas habían aprendido a coser en Almazán y estaban deseando ejercer el oficio de modistas y ganarse la vida sin tener que limpiar las miserias a otros; y luego estaba Antonio, casi un ídolo para el menor de los Moreno.

—¿Tú qué crees? —respondió Amadora con una sonrisa en los labios. Cosme dio un respingo de alegría y pidió que se la diera para leerla en voz alta. En ella, Antonio pedía a sus padres que permitieran que Cosme fuese a Madrid durante los meses de junio, julio y agosto para ayudar a su esposa María, que se encontraba en la recta final del embarazo.

—Madre, ¡por favor! Me dejará ir, ¿verdad?

—Bueno, tengo que hablarlo con el padre. Si está de acuerdo, pedirá el pase de favor y en menos de una semana cogerás ese tren para Madrid. Tres meses se pasan enseguida, y lo más importante es que estarás aquí cuando empiece la escuela.

Los otros dos hermanos protestaron.

—¿Y nosotros por qué no podemos ir? —terciaron Agustín y Victoriano a una.

—Pues porque la última vez que estuvo aquí Antonio, en enero, ya se lo prometió a Cosme. Además, sabéis que os toca ayudarme en la casa y con los animales. Tengo que atender el paso a nivel y no puedo hacerlo todo yo sola —concluyó Amadora—. Pero os prometo que en la próxima ocasión iréis vosotros.

Aquello zanjó la charla y ninguno de los hermanos —ni siquiera Victoriano, a quien tanto le hubiese gustado acompañar a Cosme a la capital— volvió a discutir el tema o a mencionarlo siquiera, salvo para pedir al más pequeño de los Moreno que no se olvidase de escribir contándoles todo cuanto viese en Madrid. Esa misma noche, el padre, con su letra temblona e insegura, respondió a su hijo Antonio para comunicarle que el chico llegaría a Madrid el domingo de la próxima semana.